

## El fútbol como campo de batalla (y encuentro) de los hombres

Daniel Antonio Leal González<sup>1</sup>

*Para Negro, Rubio, y Marco,  
ya viejos futboleros en apuros.  
Con amor.*

*Ciertas nebulosas el ojo no disipa.  
W. G. Sebald*

### Agradecimientos

Este escrito no habría sido posible sin las palabras de Eduardo Galeano, las bellísimas “Historias del Calcio” de Enric González, y sin esa miscelánea de apuntes y recortes de prensa que permiten marcar goles, enviar balones al palo, y fallar penaltis en el último minuto. A todos ellos, gracias.

### Aclaración

Hacemos una propuesta de investigación que sugiera matices y que interrogue las relaciones entre masculinidad y fútbol. No estamos interesados en bitácoras desgualdramilladas que no nos permitan chilenas en el área.

Apostamos por la alegría y por perder balones en el centro de campo antes que por el catenaccio universitario. Los once artículos que componen esta propuesta aspiran al fútbol total de la naranja mecánica holandesa de Cruyff, en el que todos atacan, todos defienden, todos se mezclan, se chillan, se abrazan, se enfadan, se pelean, se acarician, se empujan y en última instancia, ríen. El territorio de los que ganan perdiendo.

### 1 “La divina comedia de Dante y el carpintero que lanzaba motocicletas”

Si me dijeran de fútbol, diría de mí mismo, si me dijeran de batalla, diría de la lucha de los hombres guerreros por mostrar su hombría hecha, de quien aparta de sí el lenguaje del cuidado, del discurrir alegre de los días que pasan, de los rastros del poso del café, de las historias de la radio en fin de semana pegados al transistor, de los miércoles frente a un televisor esperando el veredicto del último partido de Champions.

---

<sup>1</sup> Psicólogo. Miembro del grupo de hombres igualitarios “Hombrecitos de madera” de Jerez.

También les diría de Francesco Totti, el último jugador que romántico juega en la romántica Roma italiana, del jugador que se acerca a una esquina del campo, y deposita en una vespino blanquísima una rosa, una camiseta cárdena, y un beso al cielo. Esa moto fue la que desplazó durante tantos años al Olímpico de Roma a Dante Chirichini, tifosi del club romano, para compartir las aventuras y desventuras de los once de Rómulo y Remo. Aquel mismo día, el beso al cielo de Totti no impidió que la Roma empatara a cero en un triste partido con la Reggina.

El 20 de Noviembre de 1960, Dante, ese rechoncho barrendero, paseó con una banderola del club a lo largo del estadio saludando a los aficionados del Olímpico tras concluir el encuentro de la Roma con el Padua; Dante era más que un aficionado, era un símbolo de ese tremendo amor que pueden tener por un equipo de fútbol los hombres. Un mensaje de amor en el lugar donde se encuentran los hombres que batallan para mostrar su hombría.

Si a la muerte tan sólo la vence el recuerdo, recordamos el día de buenavista en el que se enfrentaba la Roma al Boavista luso y algún nostálgico desplegó una pancarta: «Atentos, chavales, Dante os observa».

El balompié abre un espacio de encuentro entre hombres en esa batalla contra uno mismo y los demás que es ir de “machote por la vida”. Los escudos de los clubes de fútbol están siempre cosidos a la izquierda, el lugar donde el corazón se enamora y donde cada jugador representa la fidelidad de los aficionados que los acompañan.

El encuentro para la batalla lo ilustran diversos momentos a lo largo de la historia del fútbol, pero como muestra de-sastre tenemos frente a esa vespino besada y ese beso al cielo, ese labio partido que provocó la motocicleta que el carpintero milanés de 22 años Matteo Saronni lanzó en el transcurso de un encuentro del Internazionale de Milano en San Siro. Esa motocicleta voló y voló y voló hacia el campo de juego. Misterios sin resolver: ¿Cómo entra una motocicleta en un estadio? ¿Quién es capaz de divertirse y jactarse de dicha maniobra canalla? ¿Quién cree que es un gesto valiente lanzar una motocicleta cobardemente? Cada día parece que es cuestión más arriesgada ir a un campo de fútbol, pero poca responsabilidad tiene el fútbol de quienes esperan encontrar allá un espacio de risas entre canallas.

Quede dicho, y de principio: El espejo no tiene culpa de mi cara, ni el cuchillo del asesinato, ni el plátano de la cáscara que hace resbalarme.

## 2 “Quererse en el fútbol, cosa de hombres”

Podemos hablar de fútbol y masculinidad, en la medida que los hombres que se aman están en el dispositivo heterosexista más presionados que aquellos que follan o se follan. El balompié obliga a la temprana definición identitaria en el grupo de varones.

Genera sospecha aquel hombre que no gusta de fútbol, y no podríamos deslindar la hombría de esa miscelánea de actitudes, amores y temores que tiene en el fútbol un código secreto que se desvela embadurnando de limón ese tapiz simbólico de la masculinidad hegemónica que es el campo de fútbol.

Tanto como si se construye un hombre, como si se olvida por fin la hombría en el camino y llegamos el último y tranquilitos —ese “maricón el último” que nos decía el chulo profesor de gimnasia—, diríamos que hoy más alarma crea que dos chicos se besen que se peguen, y más alarma aun crea en el grupo de varones aquel chico que no gusta del fútbol. Se considera algo tan natural como la cabeza al sombrero, el anillo a la mano, y el tomate al gazpacho. Y más dolor aún que te condenen como inútil para el balompié, patapalo que ya pierde definitivamente el prestigio en el mundo de los varones. El manejo y conocimiento del balón como forma de prestigio en el colectivo de varones, ese máster del universo que supone llevar sobre el escudo las tres estrellas que suponen tres campeonatos mundiales.

Hacerse macho es una tarea constante, inacabable, continuada. En el rito de iniciación y mantenimiento de la misma que es públicamente el deporte como fiesta sublimada es donde se publican y se juegan las pruebas de la masculinidad. El fútbol es un espacio de hombres que se juega con los códigos aparentemente secretos pero tan públicos de la hombría.

Y siempre que hablamos de hombría, estamos hablando de homofobia. El mundo del fútbol propone códigos sexistas a los hombres y sigue siendo el ámbito donde se establecen relaciones sociales entre los hombres, donde pervive de manera más acentuada la homofobia. Y la homofobia marca las fronteras del género.

Podríamos tomar las aportaciones del antropólogo Clifford Geertz cuando considera que las peleas de gallos en Bali significan más que lo que aparentan para los hombres que participan en las mismas. Significan un lugar donde la masculinidad y el orgullo masculino se ponen en juego. En las sociedades actuales cuando estamos hablando de fútbol, no estamos hablando tan sólo de un deporte, de una riña de once hombres en calzoncillos. Obviamente, la representación del juego no presenta tan sólo eso, operan una serie de referentes simbólicos y pasionales (vivenciados por cada hombre) en el que se juega y se pone en solfa más una cuestión de status, de orgullo, de jerarquía, de poder —en definitiva, de hombría— asociados al barrio, a la ciudad, a nuestro pasado, a aquello que amaba nuestro padre, nuestro abuelo, nuestras amistades. A aquello que cada aficionado ama.

### 3 “Todo por la patria, y la patria acabó fusilándote”

Y no te faltará la herencia, hombre, que recogerás en vida, de los éxitos y fracasos de tu equipo; el equipo de fútbol y el amor a la patria se parecen en que muchas veces se confunden, y brazos de un mismo cuerpo se masturban a la vez.

Albert Camus, hombre rebelde, eficaz portero de fútbol, escritor y ensayista, se posicionaba: «Para mí, Patria es la Selección Nacional de Fútbol». Equipo de fútbol y amor a la patria es uno de los factores identitarios que más hombres poseen, es aquello del “yo seré de mi equipo hasta que me muera, gane o pierda”; dicen de los hombres “de verdad” que cambian de coche, cambian de casa, cambian de tinte de cabello, engendran herederos, protegen por sumisión, son proveedores y prestigiosos. Dicen de los “hombres de verdad” que incluso cambian de mujer, pero no cambian jamás de país ni de equipo de fútbol.

Se parece el fútbol a dios ó a la patria en que no suele simpatizar entre los intelectuales aburridos de izquierda. El inmortal Borges dictaba conferencias sobre la inmortalidad mientras que la Argentina jugaba el mundial 1978; de mortalidad entendían los asesinos de Videla mientras hundían en el fondo de la mar a trabajadores del sueño con los vuelos de la muerte.

Mientras la gloriosa naranja mecánica de Cruyff ganaba el recuerdo, mientras perdía en la prórroga con la Argentina de Kempes, más argentinos decentes perdían en el fondo de los mares. En los campeonatos los jugadores riegan de champán el campo, el champán, símbolo fálico por excelencia, se derrama y se bebe en las enormes copas. La copa, símbolo del continente, materializa el centro de todo. Se ganan las copas de Europa, se ganan las copas de los Reyes, se ganan los campeonatos y copas del mundo. Y en el espacio más “viril “ de todos, en plena orgía del campeonato, en grandes copas los hombres beben su propio néctar con alegría, revolcándose, besándose, abrazándose, ofreciendo esa copa bañada de néctar a reyes, presidentes, empresarios, poderosos que solamente bajan al campo de batalla una vez dirimida la pugna —a su favor—.

La presidencia de la Lazio romana, de tres mil hinchas con cruz gamada saludados por el centrocampista Di Canio, ve “normal y deportivo” dicho saludo. Si se trata de la patria, el fútbol procede y envía carnés de identidad a los colores de los equipos. Ignacio de la Russa, dirigente del partido fascista italiano Alianza Nacional llegó a decir que le daba igual que jugaran en su equipo “extranjeros, negros y comunistas”, siempre que ganaran. El Barcelona y el Euskadi recogieron fondos para la república española y girando por la América y la Europa, el mágico Madrid de las siete copas de Europa ensalzaba las virtudes de la raza para el jefe fascista José Solís del asesino en serie del Ferrol, pero casualmente ese Real Madrid tenía en sus filas a dos argentinos, Di Stéfano y Rial, a un uruguayo, Santamaría, a un francés que todo lo copaba, Kopa, y al divino húngaro cañoncito PumPumPuskas.

#### 4 “Este balón no ha sido hecho por niños”

Dice el machista que defiende el machismo: Las monedas y los céntimos de pieza gestionadas por las supuestas amas de casa al servicio del amo de casa, y los billetes para los hombres que muestran su poder en el pago, y endeudándose. Dicen que el fútbol no es más que pan y circo y un deporte para los hombres ricos, pero si bien en la España los primeros clubes como el Recreativo de Huelva nacían de la burguesía inglesa afincada en la cuenca minera, también tenemos al Argentino Juniors, cuyo primer nombre fue el Mártires de Chicago por los obreros anarquistas ahorcados el primero de Mayo que cada primero de Mayo recordamos.

El fútbol puede servir de ridículo para el poder de los “grandes hombres”. Susan B. Anthony, una de la sufragistas más destacadas, escandalizaron en Nueva York a los candidatos presidenciales poniéndose a jugar al fútbol en las calles, quitándose las enaguas y jugando con sus largas bombachas de encaje, y fueron detenidas por pelotas, y la pelota detenida, y puestas a disposición judicial por sus propios padres, hermanos, y esposos.

Robby Fowler, que fue capitán del Liverpool, apoyó con su camiseta a los estibadores en huelga de su ciudad y diligente no se olvidó de sancionarle la FIFA. El barbudo brasileño Sócrates jugaba con una cinta en el pelo por la justicia y la paz en el mundo. La FIFA obliga a beber la cicuta del griego Sócrates de quien se sale de su orden hecho de millones, la FIFA, suerte de emporio que controla este negocio con su sede en Zúrich, en la limpia Suiza que tanto amor tiene a las manos lavadas y que publica secretamente su secreto bancario, prohíbe las mismas camisetas que considera “políticas” y obliga a la esponsorización de los eventos que se organizan por parte de transnacionales.

Los pies de los futbolistas se aseguran y aseguran el negocio y el escaparate del capital. La pela es la pela, y se la pela a la FIFA que esas mismas multinacionales que esponsorizan sus eventos tengan múltiples denuncias por esclavitud infantil para coser los balones que descosen a zapatazos los jugadores que tocan bola y que no le tocan las pelotas. Niños que no saben leer, y que si lo hicieran leerían los letreros que los balones llevan. “Este balón no ha sido hecho por niños”.

En este mundo consumido en el que se compra el aire, el cuerpo, el agua, y la luz del día, los barrios y las ciudades se compran, y se compran los clubes. El Milano es de Berlusconi, el Chelsea del magnate ruso Abrámovich, como la Juventus es de la Familia Agnelli, el PSV de la Philips, y el Osasuna de Pamplona cambia de nombre el Estadio Sadar y Reino de Navarra pasa a llamarse para satisfacer su nuevo patrocinio. Se privatizan los beneficios y se publican las deudas con generosas subvenciones a fondo perdido por parte de las arcas municipales.

Dicen que un club de fútbol en primera división genera riqueza, y eso justifica dispendios enormes de ayuntamientos endeudados que se endeudan más sabiendo que los votos generan más deuda pero también más banquetes cercados. El fútbol, cheque en blanco que patrocinios, empresas de telecomunicaciones, y millones de ojos firman, se parece cada vez más al cuento de la lechera, que volcó la leche que entre todos ordeñamos y que pocos beberemos.

## 5 “Volando voy, volando vengo, por el camino yo me entretengo”

La línea aérea alemana Lufthansa promete llevarte en vuelo al mundial, y en dicho anuncio solamente incluye hombres. El fútbol de los mundiales, cosa de hombres de alto poder adquisitivo ó endeudados para asistir al ceremonial de cada cuatro años. Nunca se celebró una copa del mundo en África, y quizá no fue casual que en la inauguración del Mundial de Francia 1994 los cabezudos que representaban al mundo fueran tan solo hombres blancos —sabemos que el machismo, el racismo, y la homofobia siempre van cogidos de la mano—.

El fútbol es “cosa de hombres”, y “cosa de hombres” se supone el sexo pagado en la Germania durante el mundial alemán. Ante este evento, se estiman por millares las cervezas de antes y después de los partidos, que ayudarán a esos aspirantes a guerrero a construirse como un supuesto “hombre de verdad” y no “trucho”, que folla pagando en los centros de trabajo sexual contruidos cerca de los estadios, que bebe cerveza hasta el vómito, y que ensaya cánticos de batalla a las rivales aficiones con las caras pintadas de los colores de su nación.

En la Alemania nazi Goebbels dijo que “una mentira repetida mil veces se convierte en verdad”; quizás dijo la verdad de la mentira cuando señaló “que era más importante un partido de fútbol que ganar una batalla”, y no nos referimos a aquel filme marcial del mago John Huston, *Evasión o victoria*, en el que el mago Pelé gambeteaba y gambeteaba ante los alemanes, el mismo pelé que vende gambeta de churra en forma de cápsulas contra la impotencia.

El fútbol atonta en la medida que la droga atonta o alucina, en la misma medida que la tonta caja de televisión consume tu tiempo mientras a ti te consume o te abre ventanas al mundo. El fútbol se convierte en reivindicación y la televisión en promisorio *aleph* que abre todos aquellos mundos que están en éste: Los presos de Sao Paulo se amotinan y como reivindicación inexcusable exigen televisores para ver el mundial alemán, para ver a su gloriosa canarinha en esa ventana que lanza los destellos del felino Ronaldinho y compañía.

Sergio, extremo derecho del Rácing de Santander, mostró junto a su compañero Aitor Aguirre un brazalete negro protestando contra los cinco últimos fusilamientos del régimen franquista en 1975. Queda también el monumento que recuerda en Ucrania a

los jugadores del Dínamo de Kiev que en 1942 derrotaron a la selección que les propuso la Alemania nazi. Les advirtieron que si ganaban morían, pero no pudieron aguantarse las gambetas y las combinaciones y acabaron derrotando al combinado germano. Fueron fusilados todos.

La selección francesa ganó el Mundial 1998 y una encuesta revelaba que la mitad de los franceses eran partidarios de expulsar a los inmigrantes; mientras tanto el fascista Le Pen ganaba votos vinculando inmigración y delincuencia, y exigiendo que los jugadores cantaran La Marsellesa. También celebraron esa mitad de franceses el título, y la estrella del combinado de los excelentes jugadores de color Desailly, Vieira, Henry y Trezeget, era Zinedine Zidane. De raíces argelinas, Zidane tenía un padre albañil que trabajó construyendo el estadio donde se hizo todavía más héroe su hijo.

## 6 “Tú nunca, tú nunca caminarás solo”

En cada combate, aparecen once hombres por cada bando que representan a la ciudad, a la nación, a amores y odios heredados transfamiliar y transocialmente. Jaleados por los espectadores, en espectáculo de fusión y fisión ritual se encuentran con miles de espectadores vistiendo sus mismos colores, exigiéndole que restablezcan y permanezcan en el orgullo de ser los mejores. No hay nada que suene más que un estadio vacío, no hay nada que acompañe más que el silencio que en el estadio del Liverpool de Anfield fundado en 1884 imagina el *You'll Never Walk Alone* de los Reds. Se cantan los himnos, se entregan los banderines, se despliegan las banderas, se pintan las caras los aficionados. Y se hace en esas moles de cementos, alegría y hierba que son los templos que son los estadios de fútbol. Decía el gran aficionado culé y escritor Manolo Vázquez Montalbán que “el fútbol es una religión sin Dios”, aunque añadido que con templo.

Estamos hablando de héroes. Héroes que son hombres, y que si fueran mujeres tendrían nombre de dulce droga, héroes vestidos y uniformados que se juegan y juegan el honor del barrio, del pueblo, de la ciudad, de la nación. Héroes a los que se propone que mueran en la batalla al modo romano, “Los que van a morir te saludan”, cuando se inicia el encuentro y saludan al público. Se intercambian banderines, se miran los escudos, y se afilan las botas.

El glorioso pernambucano Patapalo Rivaldo, el mismo que recorría corriendo horas y horas de casa al lugar de entrenamiento, comentó que cualquier día moriría un jugador en un campo de fútbol. El fútbol de alta competición equivale casi a una extremaunción. La máquina de picar carne pica carne millonaria con encuentros constantes que llevan hasta la extenuación, hasta el desfallecimiento, hasta el fallecimiento.

Los fallecimientos del camerunés Marc Fue de 28 años en el minuto 72 del encuentro de fútbol de la Copa de la Confederación en Junio de 2003 entre las selecciones de Camerún y Colombia, ó del húngaro del Benfica Miklos Feher de 24 en un campo de fútbol, muestran que el fútbol de alta competición, entendiendo el cuerpo como mera máquina de producción, perjudica la salud de cada hombre.

El entrenamiento de los cuerpos disponibles para el gran espectáculo conlleva en ocasiones métodos casi paramilitares, palizas físicas que han de soportarse por “hombría”. El dolor no se permite. Se aguanta. El departamento de neurociencia de Turín, liderado por el profesor Adriano Chio, decreta la relación entre Esclerosis Lateral Amiotrónica (ELA) y fútbol. Si el deporte es saludable, el fútbol de alta competición es receta para lunáticos.

Las selecciones de rugby de Australia y Sudáfrica recurrieron a métodos castrenses de entrenamiento que consideraron a posteriori inaceptables. No son pocas las quejas de las palizas de entrenadores del catenaccio que obligaban a sus jugadores a subir y bajar continuamente las gradas del estadio con pesos sobre sus hombros.

Los hombres y su aspiración de héroes muestran la hombría supina como un modo de éxito y a la vez de fracaso. Óscar Guasch señala que los futbolistas son el arquetipo del héroe moderno, la orgía del espectáculo deportivo para garantizar la vulneración de ciertas normas sociales respecto al contacto físico entre varones. Héroes caídos, estrellas caídas, como George Best y Diego Armando Maradona nos muestran cómo el mandato tradicional de hombría se asocia a la fiesta, el alcohol, y al descuido de sí y de las redes de apoyo. El ya fallecido George Best declaró en 1983: “He gastado mucho dinero en borracheras, mujeres y coches. Lo demás, simplemente, lo he derrochado”.

En esta sociedad del consumismo, los que más consumen porque más roban o mas gastan son quienes se consumen más rápido cuando el flash de las fotografías se apaga, y los vídeos se quedan como lo que son: Meros retratos del último folleto de *Hazañas Bélicas*.

## 7 “Modos de ver”

En esta tierra toda en venta, se anuncian promociones inmobiliarias en la Costa del Pelotazo al reclamo de estrellas a las que le han regalado apartamentos allá. El rey sevillano Reyes del Arsenal de Londres anuncia esa promoción para los hinchas de los Gunners, para que se encuentren juntos incluso de vacaciones para seguir la temporada de su equipo.

Los clubes británicos cotizan en bolsa, y Football Village, compañía que tiene los derechos de los clubes británicos y escoceses, llegó a un acuerdo con constructoras



para promover en la costa del Sol y el campo de Gibraltar pisos. Casares, el bellissimo pueblo natal del andalucista y obrero Blas Infante verá cómo 276 pisos a 300.000 euros se venderán allá. Reyes se quedará con cinco. La nómina se completará con hinchas del Manchester, y entre otros, del Newcastle y el Everton. Las viviendas de los hinchas del Rangers y el Celtic escocés —enemigos irreconciliables— estarán por contrato al menos separadas por un kilómetro de distancia. No es gran recorrido para aquellos que más que hinchas sean gamberros, *hooligans*. Hooligan es el apellido de una familia pendenciera de Londres a finales del XIX.

El fútbol junta más que los sindicatos. El éxito del capital consiste en que la clase obrera de los machos, en vez de reunirse para transformar el mundo, jueguen y rueden con la pelota que lo mantiene. El tiempo libre y la creación del ocio no significa que la maquinaria heterosexista no se mantenga. El fútbol junta en los bares un sábado por la tarde, reúne a padres e hijos, promueve viajes a capitales europeas para seguir encuentros, se convierte en un rito con sus prolegómenos plagados de mensajes consumistas y promisorios. Muestra un espejo en el que cada pequeño hombrecito puede creerse un gran hombre envidiando el gran coche, las caras zapatillas deportivas, las mujeres que exhiben los futbolistas de élite como modo de prestigio social y por lo tanto de muestra de hombría mayúscula.

El fútbol opera como espectáculo para la churra heterosexista, son frecuentes entre bocadillo y bocadillo en el descanso la inserción de imágenes de bellas mujeres para el hipnotizado espectador. Silbidos y mitos heterosexuales como cuando las enfermeras del estadio del Atlético de Madrid Vicente Calderón atendieron a un jugador lesionado y la turba heteromachista las silbaba y se burlaba hasta la extenuación de ellas.

Siguiendo a John Berger, quien mejor ve mirando, se trata de modos de ver, la mujer como objeto, el hombre como representación de poder, modos de ver, modos de mirar y ser mirados que suponen distintas posiciones en el mundo para mujeres y hombres.

Los hombres actúan en el estadio dentro de unos cánones que en ocasiones se marcan por los límites inexistentes de la lucha. El código secreto y a la vez tan lleno de golpes de que “las cosas que pasan en el campo, en el campo se quedan” permite la publicación de las tácticas de lucha de mediocres jugadores como el británico Vinny Jones, que describe en su publicación cómo atemorizar y golpear a los llamados adversarios mediante codazos en los testículos. Los testículos que también pueden acariciarse como supuesta provocación, el caso de Michel tocando los testículos del colombiano Valderrama para intentar —según él— provocar su expulsión.

## 8 “Los hombres no lloran, tienen que pelear”.

Los estrategas, los entrenadores, considerados por su veteranía y pericia, por su sabiduría en las artes de la guerra (fútbolística) disponen sus peones clasificados jerárquicamente. Se intercambian banderines por parte de los jefes capitanes de cada equipo, se danza en relación a una pelota que se convierte en el anillo mimado que es orgullo, pasión y muestra de poderío. En las gradas están los hombres y los hombres ultras, en los bares comienza a pedirse bebida. El cancerbero intentará que no se traspasen las puertas del infierno como el animal mitológico de tres cabezas, defenderá con uñas y dientes ese arco que simboliza el íntimo tesoro del equipo y la hinchada, el delantero intentará lo contrario. Las miradas fijas en la línea que delimita los dos territorios, los dos territorios que dividen los corazones y el camino hacia la victoria.

La guerra alegre se ha iniciado, con el estadio habitado por banderas guerreras, fuego de bengalas, cánticos e himnos amenazadores y caras pintadas que califican que se está jugando más que un enfrentamiento de once contra once, que se está jugando el enfrentamiento del pueblo, la barriada, la ciudad o la nación. Se trata de someter, de vencer, de ganar “sea como sea”. Si llega el orgasmo (*la petit mort*) del gol, los hombres se abrazan, se besan, ya sea en el campo o en la grada. Si se falla el último penalti que te facilitaba ganar el trofeo, te está permitido llorar desconsoladamente.

En el campo de la masculinidad hegemónica, los hombres cuando están tristes se enfadan, los hombres solamente pueden llorar y seguir siendo hombres cuando su conjunto pierde, cuando la batalla ha sido perdida. Recuerdo haber llorado amargamente cuando mi equipo fue eliminado por el Steaua de Bucarest en los penaltis en Sevilla. O el llanto o el enfado. Calles desiertas, estadios llenos. Alegrías llenas, tristeza desierta.

La imagen del rubio de bote Cañizares, el portero de ojos gélidos llorando desconsoladamente tras perder la final de la Copa de Europa frente al Baviera de Múnich quizás nos muestra este jolgorio y este código al lado de Kahn, el portero alemán. El año anterior en el descuento les habían marcado en el Camp Nou en la final dos goles seguidos el Manchester United. Tras el segundo gol, literalmente, Samuel Kouffour se negaba a levantarse del césped. Decía que quería, pero que no podía, lo repetía y lo repetía con los ojos arrasados de lágrimas.

## 9 “El mundo es redondo como un balón”

El fútbol es una fiesta ritualizada, con himnos, escudos, colores, identidades que se crean en base a la oposición, al todo o nada. Si el lenguaje construye el pensamiento, podemos ver cómo el lenguaje que se utiliza es principalmente bélico con conceptos tales como retaguardia, vanguardia, ataque demoledor, defensa férrea, disparo, golpe franco, capitán, juez de la contienda, pena máxima, muralla defensiva, barrera, flanco

izquierdo, zambombazo, cuartel general, rival, territorio rival, defenderse con uñas y dientes, artillero, cañonazo, cazador de minas, perro de presa.

Pero el fútbol no es la guerra, pero en la guerra también hay forma de pararla o continuarla mediante el fútbol. Bernie Eistenfald había sido testigo, había jugado y presenciado cómo en la Navidad de 1914 el fuego de la carnicería de trincheras de la primera guerra mundial fue olvidado y cómo los soldados olvidaron el color de los escudos de sus uniformes y compartieron un poco de licor y una pelota.

Un soldado escocés de las tropas británicas sacó la mágica bola de su mochila y el partido no hizo más que comenzar. Entre trincheras británicas y germanas apareció un balón, comenzaron a salir de las trincheras ingleses y alemanes sin fusiles y comenzaron esos grupos de hombres que se querían matar a querer y quererse con el balón en los pies y los ojos en el fin de la guerra, hasta que sus superiores recordaron que estaban allí para matarse, carnicería suprema solicitada como garante de la virilidad.

El balón había comunicado, había puesto en común a un grupo de hombres algo por lo que supuestamente quererse y no odiarse. Alemania ganó por tres goles a dos a Inglaterra. No sabemos por qué no se aceptó hacer una liguilla y acabar con la odiosa guerra. Nadie reclamó al árbitro. No existía pero no hubo discusión alguna sobre faltas, penaltis ó fuera de juego. Siempre antes Bernie Eistenfald que el balón que lanzaba el capitán Neville fuera de las trincheras al campo de batalla para animar a sus jugadores a marcar a sangre y fuego los pechos de los germanos de las trincheras germanas.

Brillante el anuncio de captación de socios del Atlético de Madrid, en el cual un soldado nacional y uno republicano se perdonan la vida al conocer que ambos son del Atlético. Quizá exageración, pero exageración posible. No hay distancia política y personal posible que no permita la comunicación entre dos hinchas de un determinado equipo de fútbol. Los enemigos, si son de tu equipo, menos enemigos son. Son casi amigos.

## 10 “El mago sin magia”

Yo, como todo niño de mi barriada, también quise ser jugador de fútbol. Fue un amor que siempre estuvo ahí. Un amor no correspondido. Desobediente, la pelota no me obedecía, se reía de mí, era una desertora de mi empeine. Me soñaba vistiendo la elástica blaugrana y paseando por el Camp Nou marcando goles en el último minuto. Me quedé ante mi inutilidad para dibujar bonitos pases viendo los dibujos animados de Naranjito, de Oliver y Benji, de Sport Billy, disfrutando de los mundiales, de ese jugador de dibujos animados que era Romario.

Mi ración de alegría favorita era ver fútbol. Esa afición que condiciona horarios, y obliga a dar largas a compromisos que siempre caían cuando transmitían el partido por

televisión. Siguiendo a Didier Eribon, si el gay aprende su diferencia en el insulto, en la tribuna de Preferencia del antiguo estadio del Jerez aprendí cada quince días el código del insulto delimitador de la supuesta masculinidad que debiera yo encarnar.

Los continuos insultos sexistas y racistas a los jugadores tanto de un equipo como de otro son un mensaje claro y jaleado por parte de la mayoría de los hombres que allí se encuentran. Recuerdo a un hombre ya entrado en la cincuentena, pelirrojo, con el mismo careto del capataz salvaje de la serie *Raíces* gritando toda clase de improperios de un alto contenido heterosexual y sexista. Cualquier jugador que se escapara del modelo tradicional tanto en sus formas como en su manera de interpretar el fútbol era impelido por él como “mariconazo”, “flojo”, “cobarde”. Quizás en el estadio veremos cómo puedes acabar convirtiéndote en un joven hincha del Feyenoord holandés como muestra la fotografía adjunta.

Se supone que el fútbol y los hombres suponen un esencialismo biológico, los publicistas lo saben, ahí tenemos el conocido anuncio de una bebida refrescante que frente a un niño que juega con muñecas, éste acaba jugando al fútbol con la cabeza de las muñecas, todo ello con una supuesta música divertida de fondo. Esa supuesta relación entre masculinidad, hombría y fútbol la refuerzan estereotipos sexistas y violentos como éstos con el mensaje de que hagas lo que hagas, la masculinidad violenta te saldrá tarde o temprano. Son anuncios que molestos molestan y discriminan, porque aquel mensaje de que los niños balón, las niñas muñeca, constriñen la posibilidad de cada hombre de construirse en libertad como le apetezca.

Para mí, el fútbol sigue siendo uno de los espacios donde manejo mayores códigos de complicidad con mi padre, mi hermano, y mis amistades. Las dos copas de Europa del Barcelona no habrían sido lo mismo si no las hubiéramos vividos juntos. Recuerdo aquel disparo de Tintín Koeman abatiendo a Pagliuca, sobrepasando la barrera genovesa y consiguiendo alzar la copa de Europa. Recuerdo cómo aquella noche, el Rober, el Rubio y el Marco paseamos por la Feria de Jerez y cómo repetimos durante toda la noche el disparo simbólico de Koeman, el cómo se me reservaba el papel de Pagliuca y cómo nos abrazamos y besamos en pleno festival homoerótico dentro de ese espacio tan “de hombres que es el fútbol”. A la vez, resulta habitual cómo durante los fines de semana padres e hijos se encuentran para ir al estadio de fútbol, y resulta bonito y conciliador ver hombres de avanzada edad junto a sus hijos yendo, discutiendo, y viendo fútbol como una de las pocas posibilidades que quedan de encontrarse para algunos hombres marcados por los límites que aceptan del patriarcado.

## 11 “Balones en el armario”

El fútbol es uno de los espacios donde el afecto y el homoerotismo está socialmente aceptado en esta sociedad sexista. Paradójicamente, en los ambientes más de “machos” es donde la homofobia es más intensa. Díganme si no cómo es explicable

que el armario aún esté lleno de futbolistas de cualquier nivel. Es el lugar donde la homofobia persiste de forma más dura. El mundo del fútbol.

El campo de batalla en el fútbol significa la lucha contra lo femenino, contra el afeminamiento simbólico. El fútbol y su campo es el campo de batalla de la vida, el campo de batalla que se organiza en y para la homofobia. El fútbol se juega con las pelotas. El fútbol se juega con la pelota. En el deporte por excelencia donde se demuestran las pelotas, las pelotas tienen miedo de decir que juegan entre sí. Las pelotas que juegan a sabiendas que se la juegan si son descubiertas prefieren quedarse en fuera de juego.

El armario está lleno de futbolistas gays que no salen; quizá aterrorizados por el asfixiante ejemplo de Justin Fashanu. Delantero prometedor, negro, y gay. Los más machistas son los más homófobos y los más racistas. Los más canallas.

En plena cima de su carrera profesional, el delantero del Nottingham Forest de la Premier League declaró su homosexualidad sin ambages. Su orientación sexual según la prensa especializada fue el comienzo del fin para Fashanu, que con 32 años abandonó la práctica como futbolista para entrenar durante unos años. Se ahorcó a la edad de 36. Las burlas, apartamiento y marginación fueron constantes desde su declaración pública de homosexualidad.

Recuerdo cuando el Jerez Deportivo fichó al venezolano “Pantera” Benítez, del que las bromas en la grada siempre iban referidas al tamaño de su “rabo de pantera”. Recordamos al seleccionador español Luis Aragonés impeliendo al futbolista Reyes a que al “negro de mierda” del francés Henry él se lo iba a comer. O al racismo de Don José María “El innombrable de las Azores”, que señaló que “hasta un paraguayo ó un nigeriano podía ponerte en tu sitio” en referencia a los enfrentamientos con Paraguay y Nigeria que tuvo la selección española en anteriores mundiales.

Transgredir las normas de la virilidad heterosexista y blanca en el centro mismo del rito semanal de varonilidad tiene su precio. Aparentemente, de lo que no se habla, no tiene existencia, y no tiene existencia por los peajes a pagar.

El Kaiser Rioplatense, Daniel Pasarella, señaló cuando entrenó al combinado argentino en el Mundial de 2000 que no admitiría jamás a ningún homosexual en su equipo. Llegó a más, no admitiría a ningún jugador que apareciera con el pelo largo y sin las virtudes que él considera de “hombre”. A tanto llevó su triste posición, que el máximo goleador durante varias ocasiones en la Liga Italiana, Gabriel Omar Batistuta no fue convocado por Pasarella hasta que cortó su habitual melena.

El defensa argentino Gustavo Berrizzo, actualmente defendiendo la elástica del Cádiz, señaló que se fue de la Liga Francesa en gran parte porque había allí “mucho

homosexual jugando”. Cuando era entrenador del Jerez Bernardo Schuster, conocido y admirado por su supuesta medida, cargó contra una representante pública aludiendo a que “poco se podía esperar de una mujer a la que no le gustan los hombres”, acompañada esta declaración de las penosas carcajadas de algunos de los representantes de los medios de comunicación allí congregados.

Paradójicamente, los que van más de machos se arrodillan ante sus héroes y les rinden pleitesía. Los futbolistas son los más guerreros, cargándose el tema de la veteranía como señal de poder. Camacho se cree quizá más hombre porque grita y suda más en la banda como entrenador que cuando era jugador de fútbol. Cuando el Real Madrid perdía ante el Sabadell Benito Floro abroncó a sus jugadores proponiéndoles que dejaran su vida por su causa y que “se los follaran con el pito ... con el pito nos lo follamos”.

El “Loco” Bilardo, que fue seleccionador argentino quizá dijo lo mismo cuando impelía a sus jugadores “¡písalo, písalo!”. El Real Madrid apela en ocasiones al llamado espíritu de Juanito Maravilla, el jugador ya fallecido en accidente de tráfico que pisó la cabeza del alemán Lottar Mattheus en el Olímpico de Munich. Juanito es actualmente recordado por gran parte de la afición como un “machote”, como un hombre de verdad.

Cambiaremos de amor, cambiaremos de alegría, de amistades, cambiaremos de casa, cambiaremos de corazón, pero hay algo que en el mundo del fútbol no se perdona. Cuando estamos hablando de fútbol estamos hablando de amor hacia colores, una identidad férrea, un caballo de cartón desde el cual cada aficionado sueña.

### **“El jugador número 12”**

David Mellor, que soñó una vez con travestirse de Margaret Thatcher, arruinó su candidatura presidencial el día que su amante señaló que en los momentos más pasionales vestía la camiseta del Chelsea. Demasiado picante inclusive para los lectores de la basura viscosa con forma de tabloide. En 1950, el año del Maracanazo, el combinado uruguayo ganó a Brasil en su estadio gracias a un gol que casi consiguió detener el portero Moacir Barbosa. En 1993, intentó darle ánimos a sus compatriotas, pero su paso a la concentración fue vetado, no fuera a darles mala suerte. Ciertas cosas en el mundo del fútbol no se perdonan.

Hubo quienes de manera real y quienes ante la agonía de su padre le cambió de acera para que falleciera alguien del Betis antes que del Sevilla. De quien no tiene equipo, ni interés alguno en el fútbol, se sospecha, a la manera de un Bogart que no se fía del hombre que ni fuma ni bebe, dentro del patriarcado heterosexista resulta hartamente sospechoso aquel hombre que no gusta de fútbol y no tiene pasión alguna por los colores. Recuerdo cómo en la escuela aquel chico que no gustaba de fútbol y que no se posicionaba al respecto era claramente candidato a ser humillado y tenido en

sospecha de “afeminamiento” por parte del servicio machista obligatorio que manteníamos.

Aun hoy, la adscripción a un equipo de fútbol determina el posicionamiento simbólico del individuo dentro del marco de relaciones. No sería la primera vez que en ambientes igualitarios y profeministas se me trata de “sospechoso” debido a mi afición al fútbol. Recuerdo cuando una chica de cuyo nombre no quiero acordarme me señaló que le parecía muy extraño que a mí me gustara el fútbol. Le parecía raro. Se supone que en ambientes igualitarios la afición de un hombre por el fútbol es “sospechosa”. Resulta a la vez curioso el cómo las instantáneas de las reuniones de hombres igualitarios siguen el esquema de los equipos de fútbol, con una serie de jugadores de pie y otros en cuclillas. Esto, que diera parecer caso de espacios machistas, ocurre a la vez en el propio movimiento de hombres igualitarios con abundancia.

El jugador número doce es aquél que está en el corazón de cada hombre y que es uno mismo, y que cuando gambetea, sueña con ese final en el último minuto que ahora tiene vestido de corto, con la elástica que sueña, y que ve, ve, ve, ese centro medido que se dirige hacia él. Se prepara, ve que solamente puede ensayar la chilena, rodeado de contrarios, se lanza, y recuerda los sueños infantiles de goles en el último minuto. Le llega el balón y... despierta para seguir soñando.

Mayo 2006 - [eldanileal@yahoo.es](mailto:eldanileal@yahoo.es)

### **Algunas fuentes consultadas:**

- Bakalar, Nicholas: “El misterio de la esclerosis y el fútbol”. En Diario *El País*, Madrid, 8 de Marzo de 2005.
- Berger, John: *Modos de ver*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2004.
- Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario de Símbolos*. Madrid, Editorial Siruela, 2002.
- Deer, Brian: “Justin Fashanu”. En *The Mail*, Londres, 12 de Julio de 1998.
- De Frutos, Javier: “El derecho a gritar”. En *Revista Diagonal*, Madrid. Número Noviembre-Diciembre 2004
- Del Campo Tejedor, Alberto: “Cuestión de pelotas. Hacerse hombre, hacerse el hombre en el fútbol”. En el libro VV.AA: *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*. Madrid, Editorial Talasa, 2003.
- Eribon, Didier: *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona, Anagrama, 2001.
- Fernández, Juan José: “Deporte paramilitar”. En Diario *El País*, Madrid, 20 de Diciembre de 2005.
- Galeano, Eduardo: *El fútbol a sol y sombra*. Barcelona, Editorial Siglo XXI. 1995. Especialmente los artículos “¿El opio de los pueblos?” “La pelota como bandera” “Moacir Barbosa” “Franceses”, y “Los dueños del planeta”.
- Galeano, Eduardo. *Bocas del tiempo*. Barcelona, Editorial Siglo XXI. 2004.

- Galeano, Eduardo: "La guerra o la fiesta". En Diario *Brecha*, Montevideo, Uruguay. 1 de Junio de 2002.
- González, Enric: "Los colores sagrados". En *Historias del calcio*, Diario *El País*, Madrid, 20 de Febrero de 2006
- González, Enric: "El recuerdo de Dante". En *Historias del Calcio*. Diario *El País*, 15 de Marzo de 2004.
- González, Enric: "La otra cara del Lazio". En *Historias del Calcio*. Diario *El País*, 19 de Diciembre de 2005.
- González, Enric: "Tarde de tregua". En *Historias del Calcio*. Diario *El País*, Madrid, 18 de Abril de 2005.
- Guásch, Óscar: "Ancianos, guerreros, efebos y afeminados: Tipos ideales de masculinidad", en el libro VV.AA: *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*. Madrid, Editorial Talasa, 2003.
- Guasch, Óscar: *La crisis de la heterosexualidad*, Barcelona, Editorial Laertes, 2000.
- Oppenheimer, Walter: "Desaparece una leyenda". En Diario *El País*, Madrid, 26 de Noviembre de 2005.
- Leslie Leonelli, Elisabetta: *Las raíces de la virilidad*. Barcelona, Editorial Noguer, 1990.
- Pérez, Claudi: "El fútbol británico se afinca en la Costa andaluza". En Diario *El País*, Suplemento Negocios, 2 de Abril de 2006.
- Rivas, Manuel: "El Mundial" En Diario *El País*, Madrid, 27 de Mayo de 2006.
- Rother, Larry: "Un héroe caído del fútbol se reinventa a sí mismo" En *The New York Times*, New York, edición española para el Diario *El País*, Martes 17 de Noviembre 2005.
- Rodríguez Díaz, Álvaro: "Los jóvenes ultras del fútbol andaluz". En *Revista andaluza de ciencias sociales*. Número 2. Sevilla. Año 2003.
- Ros, Cayetano: "Un gesto por la democracia", en Diario *El País*, Madrid, 17 de Octubre de 2005.
- Sebald, W.G. *Los emigrados*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2006.